libros

Alonso Aguilar Monteverde: *Teoría y política del desarrollo latinoamericano.* Instituto de Investigaciones Económicas. UNAM. México, 304 pp.

El presente libro es uno de los estudios más completos y serios hechos hasta el momento sobre la problemática económica, política y social de América Latina, y viene a constituir riquísima fuente de información y análisis para los interesados en el desenvolvimiento y marcha de nuestras sociedades. Alonso Aguilar inicia su estudio dando a conocer los distintos grupos de teorías que con mayor frecuencia se reiteran para justificar el subdesarrollo económico de nuestros países. En primer lugar, coloca a los factores no económicos, enunciados por los que consideran que nuestro atraso se debe a causas biológicas, raciales, climáticas, demográficas y, como actualmente se preconiza, a ciertas condiciones sicológicas y sociológicas; en segundo lugar, aquel tipo de explicaciones que fundamentalmente subrayan ciertas limitaciones cuantitativas o cualitativas en la disponibilidad de recursos productivos, es decir, en los recursos naturales, humanos, en la técnica, el equipo de capital y los medios de financiamiento; en tercer lugar, el grupo de teorías que presentan como obstáculo principal al desarrollo, la escasez de capital, la baja ca-

pacidad de ahorro y los reducidos recursos financieros y, en cuarto lugar, las tesis presentadas por Meier, Baldwin, Nurkse, Mountjoy, Barre y Myrdal, según las cuales la economía de los países atrasados se desenvuelve frente a una serie de relaciones circulares o círculos viciosos que impiden y frenan su desarrollo. Nuestros países —asientan fundamentalmente algunos de ellos— registran una baja productividad, y esta determina un bajo nivel de ingreso real; del bajo ingreso resulta una capacidad reducida de ahorro y de compra o demanda de la población, que incide desfavorablemente sobre el nivel de inversión, el que a su vez se traduce en una lenta e insuficiente formación de capitales que determina el subdesarrollo.

También suele señalarse como obstáculo a nuestro avance económico, el supuesto carácter dual o plural de la sociedad en los países atrasados. Según los exponentes de esta tesis (J. H. Boeke, G. Meier y H. Mint, entre otros) en nuestros países se advierte un choque entre un sistema social importado (capitalismo altamente desarrollado, el socialismo o el comunismo) y un sistema social autóctono (precapitalista, por lo general), que trae como consecuencia la imposibilidad de aplicar la teoría económica europea a las naciones de Asia, África y América Latina, y a considerar la dicotomía de las sociedades subdesarrolladas como un hecho irreversible que en materia de política económica permite concluir que, por una parte, no es posible adoptar una política para el país en su conjunto, y por la otra, lo que es benéfico para un sector de la sociedad puede ser perjudicial para el otro".

Aguilar analiza a continuación las teorías que proclaman como causa del atraso del mundo subdesarrollado (Rostow, Rosentein-Rodan, Leibenstein y Balogh) que hacen referencia a la falta de impulso en la llamada etapa del despegue, a las imperfecciones del mercado (inmovilidad de los factores, la inestabilidad de los precios, la ignorancia de las condiciones del mercado, etc.) y a las variables en que se desenvuelve el comercio internacional, para, finalmente, considerar la corriente de opinión formada por técnicos y especialistas independientes o pertenecientes a organismos internacionales que considera que uno de los principales obstáculos al desarrollo consiste en ciertos rasgos de la organización social, económica y política, que actúan como factores que impiden el desarrollo.

El autor valora cada una de dichas teorías para explicar el subdesarrollo, sosteniendo que, en general, adolecen de graves fallas al omitir la consideración de hechos fundamentales: atribuir mayor importancia a obstáculos secundarios o derivados dejando a un lado aquellos que realmente son decisivos, no constituir formas de un análisis propiamente estructural y no considerar, en toda su magnitud, las relaciones entre los países industrializados y los atrasados. En contraposición, formula una teoría del subdesarrollo de América Latina que inicia con el estudio del dominio colonial que subordinó por siglos a casi todos los países de la región a los intereses metropolitanos, para continuar con el análisis del librecambismo como norma rectora de las relaciones económicas internacionales, el imperialismo, el tipo peculiar de capitalismo que ha surgido en nuestros países, la dependencia económica, tecnológica, cultural, política y militar en que se desenvuelve Latinoamérica respecto a las grandes potencias; la tendencia a la concentración de la riqueza, el injusto y antisocial reparto de ésta, manifestado por la centralización del capital, de los medios de producción y de la riqueza social de un reducido sector de la población, la defectuosa distribución de la tierra, etc., y, finalmente, el cuadro desfavorable en que se desenvuelve el proceso de acumulación de capital y de desarrollo.

Aguilar Monteverde estudia, en los capítulos siguientes, la política económica que hasta ahora han seguido nuestros países. En un principio privó en Latinoamérica la creencia en la doctrina clásica de la libertad de comercio y la teoría ricardiana de los costos comparativos según las cuales "si se dejaba desenvolver libremente al comercio

internacional, sin restricciones y trabas artificiales, alentaría a cada país a producir aquello para lo que se hallara mejor dotado por la naturaleza".

Todavía a principios del presente siglo —y pese a las advertencias hechas por sectores avanzados que ponían de presente la subordinación de América Latina a las grandes potencias— se seguía postulando que el intercambio con el exterior y las inversiones extranjeras asegurarían el bienestar económico y que, por tanto, la principal misión del Estado debía consistir en atraer esas inversiones y protegerlas. La crisis de 1929 y la segunda Guerra Mundial obligaron a sustituir el modelo tradicional del *laissez-faire* por otro, igualmente inoperante, basado en la fórmula keynesiana que contemplaba la acumulación de capital, un mayor desarrollo, estímulo a las inversiones y al nivel de empleo mediante vastos programas de obras y servicios. La inflación no tardó en aparecer agravada por la decisión de impulsar el desarrollo económico, favoreciendo deliberadamente la concentración de las rentas nacionales en los sectores de más altos ingresos.

Apenas en la década de los cincuenta en casi todos los países comenzó el Estado a intervenir crecientemente en la actividad económica, sobre todo, con el propósito de alentar a la empresa privada, de suplirla y complementarla, de darle facilidades y estímulos eficaces que la atrajeran a nuevos campos de inversión. Nadie se atrevía, sin embargo, a promover una mejor distribución del ingreso y cambios estructurales que permitieran acelerar el proceso de acumulación reduciendo el ingreso y el consumo suntuario de los ricos. Al agudizarse las dificultades económicas y políticas en el continente los grupos dirigentes acordaron revisar su estrategia económica dando origen a nuevos planteamientos en el marco de la llamada Alianza para el Progreso, tendientes a lograr un rápido desarrollo económico y a impedir todo intento de transformación revolucionaria de América Latina. Sin embargo, la situación económica ha continuado agravándose debido, entre otras causas, al creciente deterioro en la relación de intercambio. La reducción de las reservas monetarias internacionales, el desequilibrio cada vez mayor originado por las crecientes cargas financieras y la limitación de nuestra capacidad de compra en el exterior.

Todos los intentos relacionados con la integración económica regional, la planificación del desarrollo y el financiamiento externo, son analizados por Alonso Aguilar con precisión y claridad antes de iniciar el estudio de las reformas estructurales e institucionales necesarias para salir del estado de atraso prevaleciente. La más importante a realizar es la que hace referencia al problema de la tierra. En América Latina se tiene, por un lado, una gran concentración de la propiedad en relativamente pocas unidades de gran tamaño y, por otro, el gran número de unidades extremadamente pequeñas y la situación de miseria en que se debaten millones de campesinos que no poseen una parcela propia que les permita obtener los medios mínimos de subsistencia. El grado de concentración de la tierra en América Latina es mucho mayor que en cualquier otra región del mundo de dimensiones comparables: aproximadamente el 92% de la tierra pertenece a un 10% de los propietarios. Al otro extremo de la escala se sitúan los minifundios: en Guatemala el 97% de todas las explotaciones son unidades de menos de veinte hectáreas. La cifra correspondiente al Perú y al Ecuador es del 90%; para la República Dominicana es del 95%; para Venezuela 88%. En Colombia, cerca de 350 000 explotaciones tienen media hectárea cada una, y 500 000 tienen un promedio de dos hectáreas y media. Se calcula que en un solo país, México, existen más de dos millones de campesinos sin tierra.

Pero no solamente se hace necesario solucionar el problema de la tenencia de la tierra: deben modernizarse los sistemas tributarios vigentes y convertir la política fiscal en un instrumento de la política del desarrollo; debe atacarse el problema educativo y el de la insalubridad. Los cambios que se requie-

ren tendrán que ser aplicados por los campesinos y los obreros; ciertos núcleos de la clase media, y aun miembros aislados de la burguesía. América Latina deberá encaminarse hacia un desarrollo económico y social armónico e independiente.

—Iván Restrepo Fernández